

sas! exclamaban, supongo maliciosamente que por puro cumplimiento, y doña Mari-Santa, que hablaba á cada cual el lenguaje que mejor entendia, justificaba su proceder con los refranes de «A quien te da el capon, dale la pierna y alon»; «Al que te trae la vaquilla, devuélvele la soguilla»; «El que no agradece, al diablo se parece»; «Al que toma y no da, el diablo le llevará», y otros evangelios chiquitos, así castellanos como vascogados, más ó ménos adecuados á las circunstancias.

Con esto, con distribuir doña Mari-Santa las ropas y los juguetes que Teresita desdeñaba ó miraba con indiferencia entre las aldeanas que tenian familia menuda y con consultar á D. Juan los aldeanos que tenian litigios pendientes, y aconsejarles D. Juan lo que debian hacer y prometerles su eficaz ayuda, llegó la hora de vámonos, y aldeanos y aldeanas emprendieron la vuelta á la aldea, llevando cada cual dentro del cuerpo un tamboril.

Poco despues sonaban las dos. Doña Mari-Santa, que verdaderamente estaba en sus glorias aquel dia, nos dió la órden, dulcemente imperativa, de pasar al comedor, y nos sentamos á la mesa bajo la presidencia de la misma señora, pues el Sr. D. Francisco declinó obstinadamente aquella honra, y empleó su autoridad en hacérsela aceptar á doña Mari-Santa.

Pero para doña Mari-Santa no habia dicha cumplida en la tierra, porque si no habia dia en que tuviese que llorar males propios, tampoco le habia en que no tuviese que llorar males ajenos.

Despues de comer conversábamnos todos alegremente tomando café en el despacho de Leandro, cuando le anun-

ciaron que Juana la de Inchaurre deseaba hablar con ella, y se apresuró á salir á recibirla.

Poco despues volvió al despacho llorando sin consuelo.

—¡Ya pareció aquello! exclamó D. Juan con sobresalto, de que participábamnos todos.

Era que á Juana le ocurría una desgracia, muy grande para una buena madre, y habia acudido al paño de lágrimas de doña Mari-Santa para ver de enjugar las suyas.

¡Severino, su hijo mayor, estaba preso y acusado de hurto!

Era el caso que, yendo con otros jóvenes amigos suyos á la romería de San Miguel de Zalla, habian ocultado por broma un baulito á un sujeto que gustaba de darlas y no de recibirlas, y con motivo de haberlos acusado de hurto aquel sujeto, se les habia formado causa en el juzgado de Balmaseda, se habia dado auto de prision contra los procesados algunas semanas despues, y, por último, Severino habia sido condenado á un año de presidio correccional en Búrgos!

## XXXI.

## LA MADRE DE UN PRESIDARIO.

Pasé buena parte del año 1863 tratando con frecuencia á la familia de Gorostiza y dando alguno que otro paseo á las laderas de Goyerri con Francisco y Leandro.

Las cosas, en una y otra parte, seguían tales como imperfecta é incompletamente las he descrito: doña Mari-Santa raro era el día en que no lloraba y aliviaba en lo posible algún pesar ajeno; á su marido, acostumbrado casi toda la vida al trabajo constante, se le hacía eterno el tiempo á pesar de las distracciones que le proporcionaban su buen carácter y su amor á la familia; Leandro empleaba la mayor parte del tiempo en el estudio del ramo industrial á que estaba ya decidido á dedicarse, y el restante le compartía entre su amor á la familia y á Rosita y su afición á la amena literatura; Teresita tenía sus disgustillos con los hijos de Catulinda que, conforme se habían ido haciendo grandullones, se habían ido rebelando contra el atavío hasta el punto ¡ingratos! de dar tal cual arañazo á su amita cuando ésta trataba de engalanarlos con un lindo traje, en cuya hechura se había desojado; doña Mari-Rosa era como siempre, guapetona, un tanto desaliñada y de mal gusto en su traje y en el gobierno de su casa y seguía burlándose del que hacía propias penas ajenas, y por tanto de su hermana, á quien seguía llamando el corregidor de Almagro; D. Pedro, quejándose amargamente de que no tenía tiempo siquiera para rascarse, con la fábrica, con los inquilinos, con las viñas y con tantas otras demoniuras como pesaban sobre él; Rosita hecha una mujercita de bien en el gobierno de la casa, sin que por eso dejase de pensar en Leandro y convertirse en una verdadera señorita cuando el día de fiesta bajaba á la plaza, por la mañana á misa y por la tarde al baile y al paso que reúne en aquel hermoso campo á la juventud deustuana; los pa-

dres de Rosita, sencillos, modestos, trabajadores como el último de sus jornaleros, y tan enamorados como de su hija de uno de los chicos del difunto Mánu el de Bériz, al que enviaban á la escuela tan aseadito como si fuera hijo propio; y, por último, Chómin (de quien me había olvidado con esta injusticia tan comun en los que más la predicamos) continuaba trabajando en su huerta y jardín toda la semana, admirando el dón de adivinación de su ama, y subiendo los domingos por la tarde á Cobetas para contemplar á la fiera despues de cobrar ánimo para aquella subida y aquella contemplación, con un cuartillo que echaba en Basurto ó Bidebitarte.

Metíme en seguida en viajes por Vizcaya y las provincias comarcanas que deseaba y áun era mi deber estudiar y conocer algo más que de oídas y leídas, vine á Madrid, donde permanecí algunos meses, volví á la aldea nativa á donde siempre temía ir, aunque lo deseaba sobre todas las cosas, por la única razón de que una vez allí, no acertaba á alejarme de aquellos amados campos y hogares de mi infancia, y en estas y las otras, vi llegar el verano de 1865 sin volver á Bilbao, ó cuando más volviendo por la tarde para tornar á ausentarme la mañana siguiente sin ver, ó viendo muy de prisa, hasta á amigos tan buenos como Francisco y la familia de Gorostiza.

Comunicóseme un acuerdo de las Diputaciones generales de las tres provincias hermanas, que consistía en la honrosa comisión de permanecer, en el concepto de cronista de las mismas provincias, cerca de S. M. la Reina, durante el viaje que esta augusta señora y la real familia

iban á hacer por ellas ; y para disponer el mio regresé á Bilbao.

Leandro se apresuró á visitarme apenas llegué.

— Mamá, me dijo, tiene que contarle á V. una historia tristísima.

— ¿Cuál, querido Leandro?

— No quiero privar á mamá del triste consuelo de desahogar su corazon contándosela á V.

— Iré esta tarde por Gorostiza.

En efecto, fuí, y doña Mari-Santa me contó la historia que me habia anunciado Leandro.

El prólogo de esta historia ya me era y nos es conocido. Sabia ya que Severino, el hijo de Juana la de Inchaurre, habia sido condenado á un año de presidio correccional, por un delito que sólo en apariencia lo era; pero lo que no sabia era otra desventura infinitamente mayor que pesaba sobre Juana y su hijo.

Hé aquí lo que Mari-Santa me contó deshecha en lágrimas :

« Severino era un muchacho que no podia vivir ocho dias un poco léjos del rincon donde se habia criado, de la casa paterna y de la familia. Desde niño habia empezado á dar á conocer esta singularidad de su carácter: tenia parientes en un pueblo de las merindades de Castilla, y le llevaron allá muy contra su gusto para que pasase con ellos una temporada. Cuando iba á perder de vista el valle natal y la casa paterna, se echó á llorar y con dificultad se le persuadió á que continuase el viaje. A los dos dias de llegar queria emprender la vuelta y hubo que tomar precauciones para que no se escapase

solo y á pié á pesar de que Abando distaba de allí cenor de veinte leguas. Cuando vió que no se le dejaba volver se apoderó de él tal tristeza que se temió enfermarse seriamente y hubo que apresurar su vuelta.

No pocos muchachos amigos y compañeros suyos se fueron ausentando á América, y los padres de Severino quisieron que éste imitára su ejemplo, tanto más, cuanto que tenian proporcion de colocarle en la casa de comercio de Buenos-Aires en que tenía parte D. Juan, con condiciones tales, que á la vuelta de una docena de años podria encontrarse con un capitalito; pero Severino, si no se irritaba al oír hablar de esto, porque era de carácter manso y humilde, temblaba como un azogado y se apoderaba de él una mortal tristeza.

Cuando fué siendo mozo y aprendió el oficio de su padre, le hicieron proposiciones para que fuese á trabajar en una fábrica de fuera del país, con doble jornal que el que ganaba en la fábrica de Deusto, cuya chimenea se veia desde Inchaurre.

Severino rechazó la proposicion, y á pesar de la mucha docilidad con que se sometia ordinariamente á las órdenes ó deseos de sus padres, no consiguieron éstos reducirle á que la aceptára.

Juana que ya habia visto la dificultad con que su hijo habia soportado su estancia en la cárcel de Balmaseda, se dijo llorando al verle salir para el presidio de Búrgos: «¡Se muere de tristeza y desesperacion ántes de terminar la condena!»

Y le siguió hasta Búrgos con ánimo de permanecer allí y consolarle hasta que se fuese acostumbrando un

iban poco á la ausencia del valle nativo y la casa paterna.

IVolvióse la pobre madre, creyendo que le dejaba un tanto resignado y obligada á volver porque el gobierno ríe su casa y familia reclamaban su vuelta, tanto más cuanto que su marido era un bendito de Dios que no sabía más que ganar el jornal. Una tarde, algunos días despues, oyó pasos en las escaleras, salió al encuentro del que subia y se encontró con su hijo! Su primera impresion fué la alegría y sus primeras palabras expresion exaltada de la ternura maternal.

—¿Cómo vienes, hijo? preguntó en seguida al muchacho con ánsia y temor de salir de su incertidumbre.

—¡Madre, vengo escapado! contestó Severino.

—¡Escapado! exclamó Juana con terror. ¿Y qué va á ser de tí, hijo mio, si te cogen?

—Madre, no me podrá suceder cosa peor que lo que me sucedia en el presidio, donde me sentia morir.

—Es necesario que te escondas, hijo mio.....

—Madre, yo no me escondo, porque vivir escondido es lo mismo que vivir preso, y para no vivir así me he escapado.

Juana no quiso atribular más á su hijo diciéndole lo mucho triste que le ocurría acerca de su situacion. Al aconsejarle que se escondiera, habia pensado con profundo dolor que si su hijo al entrar en el presidio era criminal sólo en apariencia, al salir como habia salido era criminal en realidad.

Cuatro ó cinco días despues, Severino, el escapado de presidio, fué preso sin resistencia alguna y es inútil

añadir que sufrió una nueva y más rigurosa condena por el delito de evasion.

Desde entónces su situacion en el establecimiento penal fué para él infinitamente más intolerable porque era ya á los ojos de sus guardianes ménos digno de consideracion que los asesinos más feroces, puesto que era más capaz que ellos de escaparse y comprometer su responsabilidad. Así, pues, á la falta de libertad y á la ausencia de la tierra nativa y de la casa paterna que ántes era para el penado mal insoportable, se unia otro mal que era el de mayor falta de libertad y peor trato.

Habia sido conducido al presidio de Cartagena, donde se habian tomado grandes precauciones para impedir una nueva evasion. Estas precauciones fueron al fin inútiles, pues Severino se escapó tambien de allí valiéndose de medios tan ingeniosos y audaces que asóbraron á los criminales más diestros en burlar cárceles y presidios.

Severino volvió á la casa paterna y tampoco quiso tomar precaucion alguna para no volver á caer en manos de la justicia. Cayó muy pronto sin oponer la menor resistencia, y una nueva condena pesó sobre él.

Conducido al presidio de la Carraca, tambien volvió á escaparse, tambien volvió á la casa paterna, tambien volvió á ser preso, y su situacion, cuando Mari-Santa me contó tan lamentable historia, era, en suma, esta que no podia ser más triste: estaba condenado á más de veinte años de presidio, estaba gravemente enfermo de nostalgia y de crueles castigos, pues siendo en la vida ordinaria manso como un cordero é incapaz de hacer daño á un pajarillo, se le consideraba con razon hombre peligrosí-

simo por los encargados de su custodia. Doña Mari-Santa me enseñó las cartas que aquel desventurado habia dirigido á su madre, y estas cartas conmovieron hasta el fondo de mis entrañas porque no revelaban más ansia que la de morir en la casa paterna y encontrar el descanso eterno en aquel santo huertecillo que está al costado septentrional de la iglesia de San Vicente de Abando.

¡Tal era, en resúmen, la triste historia de Severino! ¿Cuál era la de su pobre madre? Cuando D.<sup>a</sup> Mari-Santa me la contó hecha un mar de lágrimas, dirigí la vista y el corazon al collado de Begoña, y por la santa memoria de mi madre, que habia llorado más de quince años mi ausencia, y habia muerto pronunciando mi nombre y pidiendo á Dios que admitiera como redencion de sus culpas las lágrimas que por mí habia derramado, prometí á la madre de Dios no omitir medio de proporcionar á aquella otra heróica y desconsolada madre el dulce y triste consuelo de ver morir á su hijo allí donde oyó su primer vagido.

He llamado heróica á la pobre Juana, y me bastarán pocas palabras para probar que merecia este nombre: bastára para ello decir que, pidiendo á su corazon de madre y á su fe de cristiana la fortaleza que le negaban su sexo y su pobreza, habia hecho en los dos últimos años un viaje de ida y vuelta á Búrgos, otro á Cartagena, otro á Cádiz y otro á Madrid para consolar á su pobre hijo, y con la esperanza de alcanzar su libertad. Estas peregrinaciones, que no vacilo en calificar de santas, y que son reales y positivas, como todo lo que se narra en este libro, cuyo autor, en sus sencillas narraciones, no necesita

acudir á su fantasía, porque le basta acudir á sus recuerdos; estas santas peregrinaciones representaban una suma de más de seiscientas leguas, andadas á pié, y sola, y desconsolada, y casi sin pan que llevarse á los labios, por una mujer casi anciana!

¡Ay! ¡la vida real ofrece tantos dolores, y tantas alegrías, y tantas tristezas, y tantos heroismos, y tantas maldades, y tantas acciones santas, que el escritor que sabe averiguarlas y sentirlas no necesita fantasearlas!

Una solemne y entrañable promesa hice á la Virgen de Begoña cuando Mari-Santa me representó á aquella desventurada madre aldeana atravesando la inclemente extension de la península española, desde las costas del Océano Cantábrico á las del Mediterráneo, y vagando por las oficinas de Madrid sin recomendacion, sin apoyo, sin guia y sin saber explicar lo que ansiaba, sólo diciendo con sus lágrimas que ansiaba algo con todo su corazon. Esa misma solemne y entrañable promesa hice á D.<sup>a</sup> Mari-Santa.

¿Qué podia hacer yo, de genio naturalmente encogido y aficionado á vivir retraido de los círculos y el trato de personas influyentes en las esferas oficiales, para que recobrára la libertad un hombre, condenado, con razon, al ménos legal, á más de veinte años de presidio? Esta pregunta me hice sin saber contestarla, y pocos dias despues partí á desempeñar el cargo oficial que se me habia confiado, sin haber resuelto aun tan difícil problema.

La cabeza es un gran calculista, pero el corazon tambien entiende un poquito de matemáticas!